

El Grito Adolescente

Comité Editor Revista Controversias

¿A qué responde el grito del adolescente de nuestros días? Si nos ponemos a reflexionar sobre las diferentes maneras de las que se sirvió el joven a través del paso de la historia para manifestar su avenencia como ser adulto, podemos ir desde los ritos iniciáticos más organizados hasta los actos más disparatados. Hoy en día, nos encontramos con puestas en escena violentas, con actos que ponen en peligro la integridad corporal y psíquica del adolescente.

Asociamos el grito a una descarga de excitación inmediata, cuando gritamos asustados, o de felicidad, o de dolor. Llamamos grito adolescente a aquellas expresiones que utiliza el joven para tramitar un exceso de excitación, fruto de la desintrincación pulsional necesaria para transitar el proceso adolescente. El grito no solamente se expande en el aire como acto de rebelión organizado en representación, sino que a veces necesita hacerse cuerpo, y es el acto, el comportamiento que lo vehiculiza.

La primera expresión del recién nacido al momento del nacimiento es el grito que, por disrupción hace aparecer a los ojos de los padres el otro. El bebé ya no es uno con la madre sino que una separación dolorosa para ambas partes se ha producido. Grito de la madre al momento de expulsar a su hijo y grito del niño al experimentar, al momento de respirar, la separación de la madre. Es este grito que poco a poco irá encontrando formas para expresarse, siendo la palabra habitada por el afecto la manera más lograda para hacerlo. Es gracias a la buena interpretación de la madre que este grito irá encontrando respuestas, alojándose y recreándose en sensorialidad, en movimiento, en representación. Y es en aquellos intersticios dejados por la madre que esta sensorialidad se hará cuerpo propio, constituyendo los auto-erotismos que le permitirán construir su propia subjetividad.

Esta subjetividad será sin embargo el resultado de esta íntima unión con los padres que culmina con la experiencia edípica y las particularidades de su resolución. Es decir que, aún en la constitución más acabada del psiquismo, el niño queda acogido a la vez que entrampado en la trama familiar. El período de latencia, más o menos

cuestionado de nuestros tiempos, permitirá al niño construir un mundo identificatorio dentro de los ideales familiares. Estos no serán puros, ya que esta asimilación no desprejará a todos aquellos estímulos e informaciones que irá absorbiendo del mundo que lo circunda y que contiene los elementos que le serán necesarios para poder tomar un camino distinto, que lo identificará con su propia época.

El grito adolescente, con sus múltiples manifestaciones, tiene diferentes funciones. Al igual que el grito del recién nacido, nos alerta sobre un dolor que no puede tramitarse de manera habitual a través del uso de representaciones y que atañe a una separación. La trama identificatoria que se tejió durante la niñez ya no es lo suficientemente estable por estar teñida y sostenida por los fantasmas que son evitados por el joven. Por otro lado, la fuerza de la pulsión se ve incrementada no solo por la eclosión puberal, sino que el abandono de las antiguas catexias, suma al flujo pulsional energía que debe ser re-investida. El joven puede verse así atrapado en un impasse fuente de desorganización. El comportamiento, con sus múltiples pasajes al acto se convierte en un tipo de regulación prioritario en la organización psicosomática. Y esta vez, los padres no podrán acompañar a su hijo de la misma manera en que lo hicieron de pequeño, puesto que los fantasmas edípicos y parricidas que se re-elaboran en esta época son los responsables del vaciamiento representacional, sobre todo en aquellos casos en los que la represión no fue completamente exitosa. Esta distancia, necesaria e insoportable a la vez, es para el adolescente y su familia, muy dolorosa.

El analista que se encuentra frente a un adolescente retoma este espacio difícil de transitar, con la incomodidad de presentarse en el lugar del adulto, pero sin tener que olvidar que este adulto es buscado hasta por el más rebelde de los adolescentes. Es la posición analítica, lo que Green llama la función encuadrante del analista la que proveerá al joven un espacio que facilite su subjetivación. No se trata de encuadre rígido, ni de posiciones en la realidad, sino de la posibilidad de recrear en el interior de la mente del analista un espacio abierto que pueda acoger y contra-investir ese grito para que tome una forma nueva, a advenir por ambos miembros de la pareja analítica. El contenido, o mejor dicho los retazos de contenido que expresan ese grito, deben presentarse como incógnitas para el analista y es esta posición esencialmente analítica la que hará que el adolescente no sienta el juicio que puede sentir de sus padres.

Algunas de las formas que toman este grito son tan difíciles de aceptar contra-transferencialmente que nos llevan a asumir posiciones que nos alejan de nuestra función. Cada una de las múltiples manifestaciones epocales nos cuestionan ya que ofrecen una manera diferente de investir ese sufrimiento, ese surplus pulsional que queda al límite a veces entre la pulsión de vida y la de destrucción, y que puede asustar

al analista. Es importante poder cuestionarnos y trabajar sin embargo, sobre el tipo de soporte que se ofrece al adolescente, según su época, para contra-investir su pulsionalidad. Así surgen "modas" de desborde que, al volverse populares, son también pantallas de proyección con las que los jóvenes cuentan para transitar este período en el que el investimento de los elementos de la realidad es tan importante para su equilibrio. Así podemos encontrar la dependencia a los tóxicos o a la tecnología, las conductas sexuales anónimas a riesgo, el exhibicionismo de la vida privada, el vandalismo, etc.

En los próximos números de nuestra revista iremos tratando algunos de ellos para intentar delimitar sus implicaciones. Cada una de estas formas de grito tiene su economía particular, pero de ninguna manera tienen valor fuera del sujeto que las habita. Es éste quien las utiliza en un momento determinado para poder hacerse escuchar. Para otros, sin embargo, el grito puede ser dirigido al propio sujeto, que al escucharlo se reasegura la continuidad de su propio sentimiento de existir, puesto en peligro por la movilización que implica el proceso adolescente.